

5. Apuntes sobre estudios culturales

No pienso que el conocimiento esté cerrado, pero sí considero que la política es imposible sin lo que he llamado “la clausura arbitraria” [...] Es cuestión de posicionalidades.

STUART HALL ([1992] 2010: 52-53)

“Estudios culturales” es una expresión que cada vez circula más entre los académicos y, en general, aparece asociada (positiva o negativamente) a otras como “posmodernidad”, “posestructuralismo”, “teoría poscolonial” o “estudios de la subalternidad”. En muchos casos, esta creciente circulación ha estado marcada por posiciones abiertamente opuestas entre sus más fervientes defensores y quienes no le encuentran mayor relevancia. No han faltado quienes les atribuyen un lugar epistémico privilegiado para las ciencias sociales del país ni quienes los consideran simple y llanamente una moda pasajera e importada que fomenta el colonialismo intelectual y está asociada a las extravagancias de la jerga deconstructivista. Entre estas posiciones extremas, se han ido incubando no pocos malentendidos. Una caracterización de lo que constituye los estudios culturales permitiría abordar de forma más productiva estas pugnas y malentendidos.

Sin embargo, la caracterización de los estudios culturales no es tarea fácil, ya que se encuentra plagada de disputas sobre cómo entender su especificidad, cómo trazar legítimamente su genealogía o cuál es la relación con otras propuestas teóricas difundidas hoy en el mundo académico (Grossberg, 2010). Estas disputas no son sólo internas, esto es, entre quienes dicen hacer estudios culturales, sino también entre académicos e intelectua-

les que se posicionan por fuera (y, no pocas veces, abiertamente en contra). Aunque no son exclusivas de los estudios culturales, estas discusiones evidencian no sólo que internamente no están tan osificados como otros saberes que se conciben a sí mismos como un canon naturalizado, sino que además dejan al descubierto cuán “molestos” pueden ser para ciertas posiciones atrincheradas en supuestos epistémicos, teóricos o metodológicos que los estudios culturales ponen efectiva o imaginariamente en cuestión.

Existen al menos dos formas de encarar la caracterización de los estudios culturales. Una, que podríamos llamar *programática*, consiste en defender su especificidad desde la argumentación de ciertos criterios. Esta forma de proceder tiene la ventaja de distinguir claramente los estudios culturales de formaciones disciplinarias, corrientes académicas y elaboraciones teóricas con las que se tiende a confundirlos. No obstante, realizar este ejercicio de caracterización puede ser problemático, ya que es posible caer fácilmente en una posición prescriptiva que impone una particular concepción tenida como paradigmática, obliterando la pluralidad y contextualización que, como veremos, se considera una de sus características. Además, un enfoque programático puede tender a idealizar prácticas que son mucho más complejas y sobre las que se presentan no pocas contradicciones y tensiones.

La otra forma, que se podría llamar *etnográfica*, consiste en prestar más atención a las prácticas concretas, a los tópicos estudiados, a las publicaciones realizadas, a las intervenciones políticas desplegadas por quienes sostienen que hacen estudios culturales. Esta forma de proceder permitiría entender los estudios culturales en su complejidad y contrariedad, dimensionando las disputas y los disensos desde los contextos de su enunciación.

Trataré de esbozar, a continuación, los rasgos de la especificidad de los estudios culturales, desde la perspectiva programática, pero sin desconocer algunos elementos de orden etnográfico. En términos expositivos, es quizás más acertado comenzar, entonces, por aquellos rasgos sobre los que existe mayor consenso, para adentrarnos progresivamente en los te-

rrenos movedizos de las disputas más airadas. Esta manera de proceder implica ir construyendo una cartografía de los estudios culturales que no pretende aplacar los disensos, ya que en estos se encuentra uno de sus aspectos más interesantes y fecundos. Más aún, el rechazo a establecer una definición cerrada y definitiva forma parte de uno de sus rasgos más preciados: “una de las características distintivas de los estudios culturales es su antipatía a las definiciones congeladas que reemplazan el pensamiento creativo y previene la aplicación flexible” (Agger, 1992: 75).

No obstante, la multiplicidad de versiones de lo que pueden ser los estudios culturales y la resistencia a una definición totalitaria y cerrada no significa que cualquier cosa que se haga en su nombre debe tener un lugar en su interior: *no todo vale como estudios culturales*. Como se sostendrá más adelante, hacer estudios culturales es más complejo que el solo hecho de citar a un grupo de autores o referirse a determinadas temáticas.

En la actualidad, se puede registrar un creciente oportunismo en el “río revuelto” de los estudios culturales. Hay quienes alegremente consideran que hacen estudios culturales por el hecho de estudiar la cultura, de ser “transdisciplinarios”, o por elucubrar sobre la globalización, las industrias culturales o la gestión cultural. Por otro lado, no faltan los que, indignados, acometen contra lo que imaginan que son los estudios culturales, molestos por lo que consideran una impropia irrupción en su disciplina. Aquí se encuentran antropólogos que sienten que les ha sido arrebatado “su” objeto o que consideran que los estudios culturales están de más, que son redundantes, porque desde su propia disciplina ya se ha hecho o puede hacerse lo que estos pretenden; los sociólogos e historiadores a quienes, mirando por encima del hombro, se les ocurre que eso de los estudios culturales es demasiado *light* o posmoderno; también literatos, curadores y otros profesionales de la “alta cultura” que consideran profanada la esteticidad y superioridad civilizacional de los objetos culturales que han cautivado su atención, por parte de unos estudios culturales que los ubican en sus contextos de producción (haciéndoles no más, pero tampoco menos, que

cualquier otro producto cultural) y los trasladan al mundanal escenario de las disputas de poder.⁵³

A causa de la convicción de que la especificidad del proyecto intelectual y político de los estudios culturales importa y tiene mucho que aportarnos, es pertinente aclarar que, precisamente por su apuesta por la pluralidad y la contextualización, no “vale todo”, ni “todo es igual” en los estudios culturales. Estos no pueden ser lo que el capricho de cada uno establece que sean. Y aunque, como acertadamente señala Mignolo, “Los estudios culturales no pueden identificarse con *una* agenda intelectual, sea esta la de Raymond Williams o la de Stuart Hall, la de Lawrence Grossberg o de Néstor García Canclini” (2003b: 53), de ello no se deriva que *cualquier* agenda cabe dentro ellos. Como argumentan Grossberg, Nelson y Treichler en su introducción a una de las primeras y más conspicuas compilaciones en este campo, publicada en los Estados Unidos:

Todavía pensamos que importa cómo son definidos y conceptualizados los estudios culturales. Aunque la pregunta de “qué *son realmente* los estudios culturales” podría ser imposible de especificar para todos los tiempos y lugares, consideramos que en un contexto dado, los estudios culturales no pueden ser simplemente cualquier cosa (1992: 3).

Los planteos expuestos en este capítulo son el resultado de años de discusiones con estudiantes y colegas del primer programa de

53 En discusiones con algunos de estos críticos, no ha dejado de sorprenderme su abierta ignorancia sobre la literatura más básica y clásica de los estudios culturales. Muchos no han atinado a enumerar un solo libro o artículo leído de estudios culturales. Casi todos reproducen acríticamente lo que se cuestiona a los estudios culturales en el trabajo de Carlos Reynoso (2000). En efecto, muchos de los malestares sobre los estudios culturales parten de un imaginario y de prejuicios caricaturizantes y de segunda mano, antes que de un ejercicio serio de problematización de un campo que pocos se han tomado el trabajo de conocer.

posgrado de estudios culturales en Colombia, en el cual me desempeño como docente. Los debates sobre la especificidad y pertinencia de los estudios culturales también han sido recurrentes con colegas (que se imaginan dentro o fuera de los estudios culturales) de otras universidades del país y de otros países de América Latina. Por tanto, el presente capítulo se puede entender como una puesta en limpio de una posición con respecto a estas discusiones y debates, que ojalá contribuya a aclarar sus términos en el marco de la creciente presencia y consolidación institucional de los estudios culturales en América Latina.

PARA PERFILAR CONSENSOS

Como ya señalé, un paso importante en la caracterización de los estudios culturales consiste en identificar los rasgos más ampliamente compartidos por las diferentes vertientes y sobre los que habría mayor consenso en cuanto a considerarlos criterios que definirían el terreno de los estudios culturales. Es importante tener presente, sin embargo, que no todos los que consideran que hacen estudios culturales estarán de acuerdo en identificar estos cuatro rasgos. Tal vez pueden proponer otros más, o considerar que alguno de ellos forma parte de una sola vertiente de estudios culturales. No obstante, como cualquier otra formación discursiva y dispositivo institucionalizado, los estudios culturales no son cualquier cosa que los individuos se representen, incluso aquellos que supuestamente operan dentro de esta formación y dispositivo. Hay que recordar, además, que proponemos un abordaje más programático que etnográfico para la identificación de estos rasgos.

DISTINCIÓN ENTRE ESTUDIOS CULTURALES Y ESTUDIOS SOBRE LA CULTURA

Aunque no es difícil encontrar gente que dice hacer estudios culturales por el mero hecho de que están interesados en estudiar

fenómenos culturales contemporáneos,⁵⁴ una de las distinciones más importantes para entender la especificidad de los primeros radica en la diferencia tajante que existe con los “estudios *sobre* la cultura”. Para plantearlo de manera simple, digamos que los estudios sobre la cultura constituyen un campo amplio y contradictorio donde se encuentran disímiles encuadres disciplinarios, interdisciplinarios y transdisciplinarios que se refieren a la “cultura” como su objeto de análisis. Desde esta perspectiva, entonces, lo que se ha dado en llamar “antropología cultural”, “sociología de la cultura”, “crítica cultural” y “estudios culturales” pertenecería a este heterogéneo campo de los estudios *sobre* la cultura. Por tanto, no se podría confundir estudios culturales con estudios sobre la cultura, ya que los primeros serían, a lo sumo, una parte o componente de los segundos.

Sin embargo, existen algunas imprecisiones que deben evitarse desde el principio si se considera que los estudios culturales deben pensarse como parte de aquel campo. De un lado, los estudios culturales no son (o, al menos, no pretenden ser) simple y llanamente “estudios”, sino constituirse como una práctica intelectual con una clara vocación política. Del otro lado, la “cultura” no es un simple referente “allá afuera en el mundo”, del cual tomarían un aspecto o nivel de análisis, mientras que otros saberes abordarían otros aspectos o niveles. En la caracterización que realizaré más adelante, profundizaré en estos dos aspectos cruciales en relación con su especificidad. Por ahora, basta con indicar que los estudios culturales no pueden confundirse con estudios sobre la cultura.

TRANSDISCIPLINARIEDAD

También existe un virtual consenso entre muchos de quienes hacen estudios culturales respecto de que la transdisciplinariedad

54 Como sostiene Catherine Walsh: “En América Latina, todavía se confunden los estudios sobre la cultura con los estudios culturales” (2003b: 23).

(o interdisciplinariedad en el vocabulario de otros) constituye uno de sus rasgos distintivos: antes que disciplinarios, los estudios culturales establecerían sus intervenciones desde un encuadre transdisciplinario o, cuando menos, interdisciplinario. Esta transdisciplinariedad estaría dada porque, para comprender las problemáticas y preguntas propias de los estudios culturales, no basta con un enfoque o una metodología de una de las disciplinas ya constituidas, como la sociología, las ciencias políticas, la crítica literaria o la antropología. Así, las explicaciones de la cultura no se circunscriben a lo intrínsecamente cultural (como tienden a hacer cierta antropología y otros reduccionismos culturalistas), sino que incorporan exterioridades, como las relaciones sociales, el poder o la economía. Pero la transdisciplinariedad o interdisciplinariedad no se entiende en ellos como una mera yuxtaposición mecánica de dos o más disciplinas, en una especie de simple sumatoria que en última instancia mantendría incólume la identidad de cada una de ellas.

Se pueden identificar dos posiciones contrarias extremas con respecto a esta transdisciplinariedad constitutiva de los estudios culturales. De un lado, aquella posición que argumenta que la transdisciplinariedad significaría en la práctica un certificado de defunción para las disciplinas o, cuando menos, para sus “versiones positivistas” que fragmentan la realidad (véase Flórez, 2000). Por tanto, desde esta postura, se consideraría a los estudios culturales como una privilegiada síntesis supradisciplinaria. De otro lado, estaría una posición que asumiría la transdisciplinariedad como una problematización de las disciplinas, sin que ello implique su negación o supresión. En esta línea, podrían incluirse planteos como los de Santiago Castro-Gómez cuando argumenta que los estudios culturales deben pensarse como un campo de articulación disciplinaria: “Los estudios culturales no son una ‘antidisciplina libre’, sino un área común de conocimiento que ha contribuido a una retroalimentación de las disciplinas, esto es, a una reestructuración de los paradigmas tradicionales” (Castro-Gómez, 2003: 71).

Algunos antropólogos han afirmado, desacertadamente, que los estudios culturales pretenden arrebatarnos su “objeto de estu-

dio”, esto es, la cultura. Estos estudios son interdisciplinarios (o, mejor aún, transdisciplinarios) porque su pregunta por las relaciones entre cultura y poder los llevan más allá de una disciplina ya constituida sobre lo cultural como la antropología: “la forma de su carácter interdisciplinario es configurado sobre el reconocimiento de que mucho de lo que uno requiere para comprender las prácticas y relaciones culturales no es, en un sentido obvio, cultural” (Grossberg, 1997: 236). Por tanto, su categoría de cultura no es equiparable a aquellas con las que ha operado el grueso de la antropología.

Si se confunden los términos o las palabras con los conceptos o categorías a las cuales se refiere, entonces no se comprenderá que el concepto de “cultura” de los estudios culturales no es una apropiación (ilegítima, seguramente desde la perspectiva de antropólogos como Reynoso) de los elaborados por la antropología.⁵⁵ En la antropología, se han articulado categorizaciones de “cultura” desde diferentes perspectivas teóricas en sus más de cien años de existencia institucional: difusionismo, evolucionismo, materialismo, ecología cultural, funcionalismo, estructuralismo, interpretativismo, posestructuralismo y performativismo son algunas de las tantas etiquetas que han circulado para dar cuenta de estas diferencias en su interior. A pesar de ello, dos son los tipos de categorizaciones que se han impuesto: la cultura como modo de vida y la cultura como sistema de significados o del orden de lo simbólico.

Para ciertas tendencias de los estudios culturales, la cultura responde a una problemática definida por su articulación constitutiva con el poder y la representación. Esto es, no se interesa por la cultura *en sí*, como lo haría la antropología (u otros análisis culturalistas), sino por cómo se encuentra articulada constitutivamente con los dispositivos del poder (y de la resistencia) concretos, de

55 Michel-Rolph Trouillot ([2003] 2011) no sólo establece esta distinción entre palabras y conceptos, sino que también hace un análisis del concepto de cultura en la antropología estadounidense y de cómo este tiene grandes limitaciones en el imaginario social y político contemporáneo, al articular un pensamiento racista desde un fundamentalismo cultural.

particular relevancia política para la comprensión e intervención en el presente. De ahí que el concepto gramsciano de “hegemonía” haya sido de suma importancia en este tipo de análisis.

Los estudios culturales tampoco pretenden arrebatarle a la ciencia política su objeto de estudio. La noción de poder con la que se trabaja en ellos no es la de las ciencias políticas, que tiende a circunscribirse a los aparatos de Estado, a la legitimidad del ejercicio de gobierno y a la institucionalidad de la política. Para los estudios culturales, el poder es más el ejercicio de ciertas relaciones de fuerza donde las subjetividades, corporalidades y espacialidades son producidas y confrontadas en diversas escalas (incluyendo las de la formación del Estado, la nación y el sistema mundo, no sólo la filigrana de la individualidad o el lugar).

POLITIZACIÓN DE LA TEORÍA Y TEORIZACIÓN DE LO POLÍTICO

Un tercer rasgo sobre el cual existe cierto acuerdo consiste en que no se concibe a los estudios culturales como una labor exclusiva ni sustancialmente académica, sino que suponen una *práctica intelectual* en estrecha relación con intervenciones políticas concretas. El propósito no es la acumulación ampliada del conocimiento por el conocimiento mismo; ni su ostentación, el conocimiento florero, el de la nota a pie de página o el enciclopédico, el que se considera relevante desde los estudios culturales. Al contrario, los estudios culturales constituyen una práctica intelectual que se articula políticamente, en tanto “buscan producir conocimiento que ayude a la gente a entender que el mundo es cambiante y que ofrezca algunas indicaciones sobre cómo cambiarlo” (Grossberg, 1997: 267). Esto es lo que Stuart Hall ha denominado la “vocación política” o la “voluntad política” de los estudios culturales.

Considerar a los estudios culturales como una práctica intelectual nos invita a no superponerlos o subsumirlos en lo académico. Esto no quiere decir que los estudios culturales no puedan ni pretendan estar en ese ámbito, sino que su horizonte de intervención y de existencia no se puede limitar al establecimiento académico. También es importante resaltar que su articulación política se considera *una* forma y no *la* forma de politizar la teoría y de

teorizar lo político. Lo que se conoce como "teoría crítica" o Escuela de Frankfurt es otra forma de politizar la teoría y de teorizar lo político, pero no *la* forma de los estudios culturales. Si bien es cierto que, como indica Agger (1992), los estudios culturales son teoría crítica o no son, de esto no se deriva que toda teoría crítica constituye estudios culturales.

Los estudios culturales, como toda teoría crítica, problematizan el imaginario positivista de un conocimiento por fuera de lo político (la tajante distinción entre hecho y valor, entre sujeto y objeto, así como la posibilidad de la neutralidad valorativa) para considerar que el saber tiene sentido en tanto se articula con la transformación social, con un proyecto político. Pero constituyen una particular modalidad de teoría crítica, dado su específico estilo de práctica intelectual. No pretenden ser una filosofía ni operan en los niveles de abstracción conceptual, como lo hace la Escuela de Frankfurt.

En tanto se basan en análisis empíricos, los estudios culturales pretenden la rigurosidad en la argumentación; suponen ejercicios de investigación-concretos, manejo de la bibliografía pertinente, trabajo de terreno y sobre fuentes documentales, porque la comprensión de lo concreto en su especificidad y densidad no es reemplazable con simples elucubraciones teóricas ensimismadas y sin asideros en investigaciones específicas. Esto no quiere decir que sean antiteóricos ni que esgriman un empirismo ingenuo. Existe en ellos una sensibilidad teórica que no se puede confundir con el fetichismo teórico. No es lo mismo utilizar la teoría para la formulación de nuevos problemas y el planteamiento de preguntas, estrechamente asociadas al análisis de lo concreto, que quedarse en la exégesis o el esnobismo teórico.

De ahí que, para los estudios culturales, la teoría es contextualmente específica: "Si la teoría de uno le ofrece de antemano las respuestas porque dicha teoría viaja con uno a través de y en cada contexto, pienso que uno no está haciendo estudios culturales" (Grossberg, 1997: 262). La teorización relevante no es la de las alambicadas elucubraciones que en su pura abstracción contienen todas las respuestas sobre el mundo. Desde la perspectiva de quienes sostienen esas abstracciones angelicales, no hay que

esforzarse intelectualmente, ni enlodarse desplegando las investigaciones y pesquisas concretas que hacen emerger el conjunto de articulaciones constrictivas de un suceso o de una práctica social, ni en tratar de vislumbrar sus vínculos históricos estructurales. Y cuando estas personas se toman la molestia de ojear los archivos o el terreno, lo hacen desde una *violencia epistémica* que los lleva simplemente a "encontrar" lo que ya se sabía de antemano. Nada más opuesto al lugar y a la concepción de la teoría en estudios culturales. Con base en el trabajo sobre lo concreto, existe la posibilidad de elaborar formas de autoridad intelectual que, sin pretensión de totalidad o universalidad, sean consideradas mejores formas de entendimiento sobre el mundo. De manera que no pueden juzgarse como una apología al relativismo epistémico y, menos aún, de corte culturalista.

Los estudios culturales tampoco entienden la teorización de lo político y la politización de lo teórico como una simple derivación de las políticas de la identidad de un sujeto subalternizado o "anormalizado" (ya sea racial, étnica o sexualmente). En este campo, lo político es contextualmente específico, esto es, los sitios, objetos y formas de las luchas de poder deben entenderse contextualmente. Las implicaciones políticas no están inscritas indisolublemente, de una vez y para siempre, en la "naturaleza" de una posición o planteo. Lo que en un contexto puede ser políticamente progresista, en otro momento o contexto puede ser abiertamente reaccionario. El nacionalismo fue la fuerza que alimentó muchas de las luchas anticoloniales en África y Asia, pero también permitió el ascenso del nazismo o de los fundamentalismos de la nueva derecha en Europa y los Estados Unidos. La apelación a la indianidad, a la subalternidad, a los derechos humanos, a las inequidades de género o al derecho al aborto desde ciertos movimientos sociales es a menudo resistencia abierta al statu quo pero, en otros contextos, puede operar como un aliado de las fuerzas conservadoras y de derecha.

Los estudios culturales son sensibles al carácter contextual de lo político y a la necesidad de no obliterar el trabajo intelectual serio, en oposición a la fetichización de ciertas prácticas y actores, que muchos, con un facilismo político bastante extendido, man-

tienen fuera de todo escrutinio (Grossberg, 2010). “Pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad”: principio gramsciano que define este rasgo de la contextualización política en los estudios culturales y su renuencia a sustituir el trabajo intelectual por lo moral o lo político. Es decir que, a menudo, en nombre de una posición que se enuncia como política o moralmente correcta (que se asocia en una correspondencia directa a sectores explotados, marginados y subordinados), el trabajo intelectual se reduce a celebrar y a hacerse eco de lo que se considera “progresista” de una vez y para siempre: no opera en esos casos el pesimismo del intelecto, no se escudriñan las complejidades, paradojas y tensiones de lo político y moralmente correcto.

Desde luego, los estudios culturales no se consideran a sí mismos como el paradigma o la panacea de la politización del trabajo intelectual y de la teorización de la agencia política:

Pienso que los estudios culturales son una particular forma de contextualizar y politizar prácticas intelectuales. No obstante, los estudios culturales no son una panacea intelectual, ni siquiera un nuevo paradigma intentando desplazar a todos los competidores. No son el único cuerpo importante de trabajo político-intelectual, tampoco el único enfoque comprometido con la interdisciplinariedad (Grossberg, 1997: 246).

CONTEXTUALISMO RADICAL: ANTIRREDUCCIONISMO Y TEORIZACIÓN SIN GARANTÍAS

Otro aspecto bastante consensuado entre muchos adeptos de los estudios culturales es que estos deben pensarse como una reacción a las diferentes modalidades de reduccionismo: “como proyecto los estudios culturales buscan prácticas capaces de acoger la complejidad y la contingencia, y de evitar cualquier especie de reduccionismo” (Grossberg, 2006: 47). Reacción a los reduccionismos de las expresiones del economicismo, del culturalismo, del textualismo. Es decir, a toda restricción de la comprensión o el esclarecimiento de una problemática (ya sea cultural, de represen-

tación o de poder) a un aspecto o ámbito privilegiado, que arroja al mundo de la epifenomenalidad, de la irrelevancia explicativa, el resto de aspectos o ámbitos de la vida social. Desde los estudios culturales se busca superar los análisis que han convertido a la cultura en una variable sometida y dependiente de lo económico (como lo hacen las diferentes vertientes del economicismo), sin caer en el extremo de pensar la cultura como una entidad autónoma y autocontenida que se puede explicar exclusivamente en sus propios términos (como a menudo lo ha hecho la antropología). En general, desde estos encuadres reduccionistas, la especificidad y densidad de lo concreto es dejado de lado, pues sólo adquiere relevancia en tanto constatación de unos modelos teóricos que existen de antemano.

En oposición a este reduccionismo teórico, los estudios culturales se plantearían como un *contextualismo radical*, como una teorización de lo concreto, como una teoría sin garantías. Para Grossberg (1997, 2010), incluso, este rasgo del contextualismo radical sería específico de los estudios culturales; es, ante todo, un tipo de pensamiento relacional que argumenta que cualquier práctica, evento o representación existe en una red de relaciones, por lo que no es anterior ni puede existir independientemente de las relaciones que lo constituyen: “La noción de contextualismo en los estudios culturales es la idea de la relacionalidad, es decir, el postulado de que la relación precede –es más fundamental ontológicamente– a los términos de la relación” (Grossberg, 2006: 49). De ahí que la categoría de “contexto” planteada en estudios culturales se refiera a esta densa red de relaciones constituyentes de cualquier práctica, evento o representación. Esto supone tomar distancia de una noción de contexto como simple telón de fondo o el escenario donde sucede algo, para considerarlo como su condición de posibilidad.

Esta diferencia entre el contextualismo radical de los estudios culturales y otro tipo de aproximaciones, como los estudios raciales, es identificada por Hall en su contribución al libro colectivo *Policing the Crisis*, dedicado a la articulación entre racialización y pánico moral en el ascenso del neoconservadurismo y el thatcherismo en la Inglaterra de finales de los años setenta. Los estudios

raciales (o antropológicos y sociológicos) no piensan a menudo en términos de formaciones “racializadas”, sino que estudian el racismo en sí mismo; no enfatizan –como se hace en los estudios culturales–, en las articulaciones de lo racial con otros aspectos de la vida social y política en los que se configuran la hegemonía y las disputas de poder atravesadas por las prácticas de significación. El contextualismo radical de los estudios culturales permite comprender, por ejemplo, las transformaciones en la reconfiguración de la hegemonía en una formación social determinada desde la racialización de la criminalidad.

Finalmente, es importante indicar que no hay que confundir contexto con escala. El contexto no se refiere a lo micro o lo local, por oposición a una escala más macro o global (McCarthy, 2006). El contexto está constituido por el entramado de las relaciones (o articulaciones, si preferimos un vocabulario más técnico) constituyentes de un hecho (práctica, representación, evento) que puede incluir diferentes escalas, pero siempre referidas a lo concreto, es decir, a lo existente en un lugar y momento dados.

Los rasgos presentados definirían un terreno dentro del cual se articulan diferentes vertientes de los estudios culturales. Con estos rasgos no se están definiendo contenidos, temáticas, autores o metodologías de investigación que garantizarían que ciertas prácticas intelectuales pertenezcan al terreno de los estudios culturales. Hacer estudios culturales no es simplemente citar a Stuart Hall (o a Foucault, Deleuze o Negri) ni recurrir a conceptos que comúnmente se asocian con los estudios culturales, como los de hegemonía o articulación. Tampoco hay garantía de estar haciendo estudios culturales al estudiar la cultura (ni siquiera como proceso articulado a las transformaciones globales) o, incluso, las relaciones entre esta con la política o el poder. Estudiar temáticas como cultura popular, medios de comunicación, cibercultura, el capitalismo como hecho cultural o la globalización, o realizar un estudio empírico de lo concreto no es suficiente para considerar que uno se encuentra en el terreno de los estudios culturales. Menos aún, asumir un compromiso político con sectores subalternizados como parte de la labor intelectual, o el de devenir en “ges-

tor cultural” enmarcado en las políticas culturales, generalmente asociado a instancias o entidades gubernamentales. Los estudios culturales tampoco son definidos por las técnicas de investigación utilizadas: el análisis de discurso no garantiza que se estén haciendo estudios culturales como, a la inversa, la utilización de la etnografía no determina necesariamente que un trabajo sea antropológico y no uno de estudios culturales.

Son las particulares amalgamas de los rasgos expuestos las que nos permiten determinar si una práctica intelectual se inscribe o no dentro del terreno de los estudios culturales. De una forma esquemática, esos rasgos se pueden presentar así.

1. Su problemática, centrada en la imbricación de dos aspectos mutuamente constituyentes: lo cultural y las relaciones de poder, lo que permite que no se confundan los estudios culturales con estudios sobre la cultura.
2. Su enfoque transdisciplinario, surgido de una estrategia explicativa que cuestiona los reduccionismos que buscan explicar sólo desde una dimensión o clivaje particular: el culturalismo es un reduccionismo a la cultura, el textualismo es un reduccionismo a lo textual, el economicismo es un reduccionismo a lo económico.
3. Su explícita vocación política, en el sentido de que lo que se busca con los estudios culturales no es simplemente producir mejor teoría para acumular conocimiento, sino que es un saber para intervenir en el mundo, para desatar relaciones de explotación, dominación y sujeción culturalmente articuladas. Esta vocación política no es un antiteoricismo ni, mucho menos, una simple sustitución por la política del conocimiento conceptual y empíricamente riguroso.
4. Su contextualismo radical, que argumenta que la estrategia de método que define a los estudios culturales es el estudio de contextos concretos. Los contextos concretos no son un asunto de escalas (no se refieren a

lo micro y local), sino de articulaciones significantes y de relaciones de poder que han permitido la emergencia y particular configuración de una serie de prácticas o hechos sociales.

DISPUTAS

Se podría afirmar que no habría mayores diferencias de opinión entre los practicantes de los estudios culturales en los puntos planteados hasta aquí; o, mejor, que estos puntos no provocarían una reacción airada. Las disputas más radicales se encuentran en otros aspectos. En este apartado se abordarán aquellas que pueden tener mayor significado para comprender la especificidad de los alcances y límites de este campo. Sin lugar a dudas, el listado de debates puede ampliarse bastante, pero la idea no es formular de manera exhaustiva todos los que se han suscitado, sino más bien contar con elementos de juicio para dar mayor espesor a la caracterización anterior, por medio de la identificación de algunos debates centrales.

GENEALOGÍA/S

Se ha entablado una disputa en cuanto a la genealogía de los estudios culturales. De un lado se encuentran quienes otorgan un gran peso al Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (*Center for Contemporary Cultural Studies*, CCCS) en la Universidad de Birmingham y a lo que, más generalmente, se conoce como los estudios culturales británicos. Del otro, están quienes consideran que es más adecuado pensar en múltiples genealogías (aunque no se haya apelado al nombre de estudios culturales) y que los estudios culturales británicos (y el CCCS) constituyen sólo una de ellas.

En la primera posición se ubicarían quienes esgrimen la interpretación de que los estudios culturales tienen un claro y único origen en las actividades intelectuales y en los personajes asociados al CCCS. Para ellos, los nombres de Richard Hoggart, Ray-

mond Williams, E. P. Thompson y, posteriormente, Stuart Hall corresponden a los "padres fundadores" de los estudios culturales. Sus ya clásicos trabajos⁵⁶ perfilaron problemáticas constitutivas y aportaron a la identidad de los estudios culturales desde los años sesenta. Esto se encuentra asociado a la institucionalización a través de la inauguración del CCCS en 1964 bajo la dirección de Hoggart y, sobre todo, a la dinámica introducida por Stuart Hall como su segundo director desde 1968 hasta 1979.

Desde esta perspectiva, los años ochenta y noventa deben entenderse básicamente como los de la *internacionalización y expansión* de los estudios culturales, principalmente con su llegada y consolidación en los ámbitos estadounidense y australiano. La conferencia internacional titulada "Los estudios culturales ahora y en el futuro" (*Cultural Studies Now and in the Future*), realizada en abril de 1990 en la Universidad de Illinois, Estados Unidos, sería uno de los hitos más relevantes en esta etapa.⁵⁷ Desde esta línea de razonamiento, el siguiente paso en la internacionalización de los estudios culturales lo constituye su expansión hacia regiones como Asia y América Latina a partir de la segunda mitad de los años noventa.

Quienes suscriben este modelo de internacionalización y expansión de los estudios culturales desde un núcleo originario no necesariamente consideran que estos se mantengan iguales en todas partes. Pueden perfectamente argumentar que, en cada uno de los lugares a los cuales han llegado, han evidenciado transformaciones e inflexiones que se corresponden con las características intelectuales e institucionales locales. La diferencia entre las distintas modalidades existentes en el mundo se entendería, entonces, como adaptación e indigenización de un único núcleo originario. Para algunos, estas diferencias habrían adquirido tal

56 *The Uses of Literature* (1957), de Hoggart; *Culture & Society* (1958) y *The Long Revolution* (1961), de Williams, *The Making of the English Working Class* (1963), de Thompson.

57 Se publicó una compilación de esta conferencia que se convirtió rápidamente en uno de los "clásicos" de los estudios culturales: Grossberg, Nelson y Treichler (1992).

profundidad que hoy difícilmente se podría hablar de una especificidad de los estudios culturales en general (sólo sería posible para cada una de sus articulaciones locales), mientras que para otros, en tanto se hable de estudios culturales, no puede dejar de existir un carácter común subyacente a las múltiples diferencias, garantizado por una identificación con el estilo intelectual y político desplegado por ese núcleo original.

Esta genealogía única, con un origen definido que se difunde cada vez más por el mundo entero, ha sido cuestionada por diversos autores (dentro y fuera de los estudios culturales). Para estos, los estudios culturales británicos constituyen una tradición, importante sin duda, pero no la única ni la originaria de la cual se derivarían las demás. Así, argumentan que en otros contextos sociales e intelectuales, como en América Latina, se han desarrollado tradiciones independientes (volveré más adelante sobre el debate de si es pertinente llamarlas así), anteriores incluso a los estudios culturales británicos. Por tanto, estas tradiciones latinoamericanas (o australianas, asiáticas o estadounidenses), no pueden entenderse como simples extensiones de los presupuestos y las elaboraciones realizadas por los estudios culturales británicos.

Desde esta perspectiva, entonces, habría múltiples genealogías de los estudios culturales y, lo que en un lugar determinado se practica con ese nombre, responde a sus trayectorias y tradiciones intelectuales en relación no sólo con específicos establecimientos académicos y articulaciones políticas locales, sino también con la geopolítica del conocimiento global. El enunciado de Jesús Martín-Barbero (1996) de que "Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes de que esta etiqueta apareciera", captura elocuentemente esta posición. Desde esta perspectiva, la centralidad de los británicos en las historias y narrativas de los estudios culturales debería explicarse en términos de geopolítica del conocimiento. Por tanto, como argumentan Abbas y Nguyet Erni (2004), se requiere provincializar y descentrar el modelo de los estudios culturales británicos para constituir unos realmente internacionales. Para este conjunto de autores, entonces, los estudios culturales deben comprenderse no como una única tradición, sino como una comunidad transnacional de argumentación

en la cual confluyen diferentes *locus* de enunciación y tradiciones intelectuales.

COLONIALISMO INTELECTUAL

Una discusión relacionada con la anterior consiste en la forma de interpretar el creciente interés en los estudios culturales en algunos países de América Latina, y la pertinencia de apoyar tanto la creación de programas de formación en las universidades bajo esta denominación, como la articulación de redes, eventos o publicaciones en estudios culturales.⁵⁸ Al respecto, Daniel Mato (2002) ha argumentado que en muchos países de América Latina la importación de la etiqueta de estudios culturales en la creación de programas universitarios, en la realización de eventos académicos y publicaciones o como matriz de interpretación de lo que se produce en la región implica no sólo la obliteración de las relaciones específicas entre las prácticas intelectuales sobre cultura y poder y los procesos sociales desde los que han operado gran parte de los intelectuales en la región, sino que también es una expresión de un nuevo *colonialismo intelectual* de expansión del establecimiento estadounidense (en particular sus *area studies*), de sus principios de inteligibilidad y "políticas de la ignorancia".

El colonialismo intelectual asociado a la importación descontextualizada a los países de América Latina de ciertas modalidades de estudios culturales (sobre todo de las versiones textualistas, *light* y posmodernas estadounidenses de los departamentos de literatura inglesa o de los *Latin American Studies*) es una de las acusaciones más recurrentes por parte de diferentes académicos, tanto en el campo de las humanidades (Richard, 2001) como en el de las ciencias sociales (Follari, 2003).

Frente a este tipo de argumentaciones, autores como Walter D. Mignolo (2003b, 2003c) han sugerido que en los estudios cultura-

58 Para un interesante debate al respecto, véase la introducción y los capítulos de Daniel Mato y Walter D. Mignolo en el libro colectivo editado por Walsh (2003a).

les de la región debe diferenciarse entre los proyectos institucionales y los intelectuales. Los primeros responden a las dinámicas y presiones del mercado y de la geopolítica del conocimiento, por lo que no sorprende que en esta época de creciente injerencia del modelo corporativo del establecimiento académico estadounidense en las universidades de América Latina se busque crear programas de estudios culturales. No obstante, los proyectos intelectuales que pueden adoptar esa denominación no necesariamente tienen que responder a la importación de las agendas, autores y problemas de los *cultural studies* estadounidenses o británicos. Mignolo está pensando en ejemplos como el doctorado de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, cuyo proyecto intelectual ha sido el de la decolonialidad:

cuando desde América Latina se dice que los “estudios culturales” son proyectos del Primer Mundo o de Estados Unidos, o imperialistas o como se quiera, se asume que junto con el nombre llegan también los proyectos intelectuales. Esto es, que aceptar el nombre es también aceptar los proyectos intelectuales. Las cosas pueden sin duda ser así, pero no tienen que serlo (Mignolo, 2003c: 412).

Retomando la distinción de Mignolo y teniendo en mente la acertada crítica de autores como Mato, Richard y Fallori, uno se podría preguntar entonces si un proyecto intelectual inspirado en cierta vertiente de los estudios culturales (que podría llamarse “coyunturalista” y que se encarna en autores como Stuart Hall y Lawrence Grossberg) necesariamente implica una omisión de las tradiciones y prácticas intelectuales locales de la relación entre cultura y poder; y también, si este proyecto intelectual puede operar dentro de las instituciones ya existentes (por ejemplo, sólo en Bogotá ya existen tres maestrías en estudios culturales) como una intervención estratégica desde esta modalidad de teoría crítica para problematizar la creciente elitización, banalización y corporativización del establecimiento académico en gran parte de

los países latinoamericanos. O, para plantearlo en otros términos, ¿acaso no valdrá la pena disputar los contenidos de lo que se ha ido posicionando institucionalmente como estudios culturales, contra el reacomodamiento elitista y el letargo político del establecimiento académico?

EQUIVALENCIA (O NO) CON TEORÍA SOCIAL Y CULTURAL CONTEMPORÁNEA

Otra discusión se refiere a cómo situar los estudios culturales con respecto a otras corrientes intelectuales que circulan en los establecimientos académicos. Para algunos autores (dentro y fuera de los estudios culturales), existe una equivalencia entre aquellos y las teorías posmodernas, la teoría poscolonial o los estudios de la subalternidad.⁵⁹ Consideran que las citas de Foucault, Deleuze, Derrida, Laclau o Negri y Hardt son una indicación de que se está frente a un trabajo de estudios culturales (sobre todo si se usan palabras como “eurocentrismo”, “transdisciplinario”, “políticas de la representación”, “globalización” o “biopoder”). Todas estas corrientes intelectuales y autores se confunden en los estudios culturales, gran campo que los contendría y reuniría en su seno. Dentro de esta posición, se encuentran trabajos introductorios como el de Sardar y Van Loon (2005), donde prácticamente se toman como equivalentes los estudios culturales y la teoría cultural y social contemporánea: Edward Said, con su trabajo sobre orientalismo, Gayatri Chakravorty Spivak con su crítica a la auto-ridad intelectual y las políticas de representación del subalterno, los estudios de la subalternidad, la teoría *queer*, Donna Haraway y la globalización... todo cabe dentro de los estudios culturales.⁶⁰

59 Prefiero traducir *subaltern studies* como “estudios de la subalternidad” antes que como “estudios subalternos”: que se pretenda capturar la perspectiva del subalterno no es lo mismo que calificarlos como subalternos. Sobre esta discusión, véase Beverley (2004).

60 Esto no sucede sólo con este tipo de textos introductorios; también se puede encontrar tal supuesto de equivalencia en el grueso de las compilaciones que circulan en la academia estadounidense. Véase, por ejemplo, During (1993).

Para otros autores (también practicantes o no de los estudios culturales) no se puede establecer esa equivalencia. En primer lugar, y de manera general, porque diferencian entre estudios culturales y estudios sobre la cultura (como se expuso anteriormente). En segundo lugar, porque es necesario comprender las inscripciones históricas específicas, epistémicas y políticas de las diferentes corrientes intelectuales. Así, afirman que confundir la teoría posmoderna con los estudios culturales (en Birmingham, por ejemplo) es evidenciar que no se han comprendido las trayectorias, supuestos e inscripciones de estos dos proyectos contrarios. Quienes consideran a los estudios culturales como posmodernos tienden a confundir, incluso, esa teoría con el posestructuralismo.

La teoría posmoderna puede considerarse como una inversión de los paradigmas modernos de explicación de lo social e histórico y de articulación de la política. Es la negación epistémica de las metanarrativas modernas sobre lo social, sobre el sujeto o la historia, donde las nociones de totalidad social y de determinación son radicalmente cuestionadas (Morley, 1998). Por eso, para sus críticos, la teoría posmoderna constituye otra metanarrativa en negativo (una antimodernidad, si se quiere), una gran negación reactiva a cualquier posibilidad de pensar la totalidad social y cualquier principio de determinación. Todo está “libremente flotante” y cualquier entramado de identidad, institucional o de agencia social, no es más que algo arbitrario sin ningún punto de fijación o sedimentación que lo constituya.⁶¹

El posestructuralismo, en cambio, es una corriente teórica que se asocia al “giro discursivo”, a una redefinición del sujeto y la des-
totalización de la noción de estructura. En este sentido, la teoría posestructuralista ha cuestionado los modelos de subjetividad e identidad existentes, en tanto suponen la noción liberal burguesa del individuo autónomo que preexiste a las relaciones sociales.

61 También debe tenerse presente que existen diferencias entre teoría posmoderna, posmodernidad y posmodernismo. Sobre estas distinciones, véase Morley (1998).

Específicamente, el posestructuralismo consiste en el conjunto de posibilidades analíticas que se desprenden del giro discursivo (que se diferencia del textual y del hermenéutico) argumentando: que la realidad social es discursivamente constituida (que no es lo mismo que decir que es sólo discurso ni, menos aún, que el discurso es igual al lenguaje), problematizando así la distinción ontológica entre lo real y la representación; que los sujetos son producto de condiciones históricas específicas desde las cuales articulan su agencia, la cual no se agota en la reproducción de las condiciones de su emergencia; y que la noción de totalidad social es sólo provisionalmente cerrada, un punto de llegada antes que de partida del análisis. Inspirado en la genealogía foucaultiana y el deconstructivismo derrideano (sin que Foucault o Derrida sean posestructuralistas en sentido estricto), el posestructuralismo es una “invención” estadounidense elaborada en los años ochenta.⁶²

De esta manera, aunque no pocas vertientes de los estudios culturales se alimentan del posestructuralismo, esto no significa que sean equivalentes a él y, mucho menos, a la teoría posmoderna. Es más, si en los estudios culturales pueden resonar aspectos del posestructuralismo y sus contribuciones, su antirreduccionismo y una teorización sin garantías los conducen a un lugar opuesto a la teoría posmoderna. En una palabra, en términos epistémicos y políticos, la teoría posmoderna es incompatible con el proyecto de los estudios culturales. Por tanto, se puede considerar que la expresión “estudios culturales posmodernos” constituye un oxímoron.⁶³

Los estudios de la subalternidad se remontan al trabajo de un grupo de estudiosos de la India a principios de los años ochenta,

62 Para profundizar en la caracterización del posestructuralismo, véanse Gibson-Graham (2002) y Laclau ([1990] 2000).

63 Esto no quiere decir que no sea difícil encontrar académicos que se imaginan haciendo estudios culturales, pero que en la práctica están operando desde posiciones posmodernas, contradictorias con lo que hemos mostrado que constituiría la especificidad de los estudios culturales.

que buscaban cuestionar las vertientes de las historiografías elitistas dominantes (tanto la colonial como la nacionalista) sobre su país. Esta es una perspectiva que resalta la agencia de los sectores subalternos. Sus problemas por las fuentes, la representación del subalterno y los límites de la historiografía que atraviesan la experiencia colonial y poscolonial de la India son fundamentales. Influidos, sobre todo en un comienzo, por Gramsci y posteriormente por el posestructuralismo, se diferencian claramente de la caracterización de los estudios culturales que hemos presentado en la primera parte de este artículo. Los estudios culturales pueden retomar algunas de las elaboraciones y problemáticas de los estudios de la subalternidad, como lo relativo a las políticas de la representación (Rodríguez, 2011). Pero de esto no se sigue que los últimos sean necesariamente estudios culturales (o viceversa). En este sentido, John Beverley, una de las figuras fundadoras del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, considera: “en vez de pensar que los estudios subalternos son un componente dentro de los estudios culturales, sería más correcto decir que representan una manera alternativa de articular las preocupaciones de los estudios culturales” (1996: 9-10).

Algo análogo puede argumentarse para la teoría poscolonial. Esta teoría se refiere a la experiencia colonial como estructurante tanto del colonizado como del colonizador, no sólo en el pasado sino también en el presente. El colonialismo continúa teniendo efectos estructurantes de subjetividades, corporalidades, conocimientos, espacialidades y prácticas sociales. El trabajo de Edward Said, *Orientalismo*, constituye un referente fundacional de los estudios y de la teoría poscolonial. Autores como Frantz Fanon son “redescubiertos” e incorporados en las genealogías de este tipo de estudios. Nuevamente, no se puede confundir estudios culturales con teoría poscolonial, aunque esta última haya sido inspiradora y sea apropiada por los primeros.

TEXTUALISMO

También se discute sobre la interpretación de las inflexiones en los estudios culturales desde la teoría literaria. Para quienes se

paran del lado de las ciencias sociales, lo que ha sucedido con la traslación de los estudios culturales británicos a los Estados Unidos a finales de los años ochenta y principio de los noventa es una tendencia hacia su textualización, y esto ha implicado la paulatina pérdida de interés por “el control empírico y metodológico de sus afirmaciones” (Castro-Gómez, 2003: 63) asociada a la creciente influencia de las teorías literarias del establecimiento universitario estadounidense; así, dicen aquellos críticos, los estudios culturales se han textualizado, lo que en muchos casos ha significado: “su despolitización, amplitud y la falta de rigor y seriedad metodológica” (Walsh, 2003b: 23).⁶⁴

Las críticas sobre la textualización de los estudios culturales se pueden resumir de la siguiente manera:

1. Una marcada despolitización, puesto que lo político se circunscribe a la deconstrucción textual, confundiendo cómodamente el análisis cultural con la intervención política. Lo político se limita a un compromiso puramente textual que considera la mera lectura deconstruktiva como la forma más pertinente de la política.
2. Una academización expresada en la subordinación de los estudios culturales a los imperativos del establecimiento académico estadounidense, como el rápido ascenso en la carrera académica a partir de las prácticas del “publica o perece”, de los *tenure tracks*, de las disertaciones doctorales en las que prevalecen ejercicios reiterativos de citación, de críptica y “fluida” teorización con críticas y temáticas prefabricadas en el mundo de lo “políticamente correcto”.
3. Una banalización de análisis centrados en aspectos de cultura pop estadounidense (sobre Madonna, por ejemplo) que se limitan a establecer una semiótica o

⁶⁴ Del otro lado del espectro, esto es, desde la teoría crítica literaria, se ha cuestionado que los estudios culturales han sido cooptados por las metodologías y agendas positivistas de las ciencias sociales (Richard, 2001).

una pragmática de los significados de estos productos culturales, celebrando a menudo las posibilidades de "resistencia" en la esfera del consumo.

4. Una estetización, a menudo asociada con posiciones posmodernas, que "convierten los estudios culturales en una metodología vacua para la lectura de los textos culturales que no tiene anclaje político real" (Agger, 1992: 1). Las problemáticas de la identidad y la representación tienden a sobreenfatizarse desde una estetización en la que desaparece cualquier referencia a la clase.

INSTITUCIONALIZACIÓN

Las implicaciones de la institucionalización de los estudios culturales han sido también tema de fuertes debates. Por un lado, están quienes argumentan que la creciente institucionalización de los estudios culturales ha significado, en gran medida, el aborto de su proyecto político y de sus posibilidades críticas. Los estudios culturales han terminado siendo apropiados por universidades y establecimientos (muchos de ellos de elite), cuyas agendas y ritmos responden más a los requerimientos de la burocracia académica que a intervenciones con algún tipo de relevancia en el mundo (académico y más allá de la academia): "Como un sitio institucional, los estudios culturales reinscriben los protocolos académicos y disciplinarios en contra de los cuales siempre han luchado" (Grossberg, 1997: 234).⁶⁵ De unos estudios culturales marginales fecundados por las labores de docencia de adultos y un genuino interés por comprender mejor el mundo para intervenir sobre él en la Inglaterra de los años sesenta y setenta, se ha pasado a unos estudios culturales como moda intelectual del establecimiento

⁶⁵ En este sentido, Agger concluye: "uno se pregunta si el movimiento de los estudios culturales no se ha convertido simplemente en otra disciplina o proto-disciplina segura de su existencia, aparte de otras disciplinas con las que comparte el espacio, los recursos y los estudiantes de la universidad contemporánea" (1992: 77).

estadounidense, atrapados por la práctica eufemística de lo políticamente correcto y de las políticas de la identidad fácilmente articuladas a posiciones posmodernas. De ahí que Beverley argumente: "Aquí aparece de nuevo el problema al cual me referí anteriormente: es decir, el peligro de que los estudios culturales en su inevitable institucionalización se conviertan en una especie de costumbrismo posmoderno" (1996: 13).

En Colombia, los estudios culturales se han institucionalizado, en los últimos cinco años, en programas de maestrías en universidades de elite (sólo una de ellas es pública) dentro del marco de las políticas de ciencia y tecnología de la entidad gubernamental que se han desarrollado en el país, siguiendo estrechamente los criterios y las formas de operación del establecimiento estadounidense. En términos generales, son pocas las experiencias e intervenciones críticas dentro o fuera del establecimiento académico que se han derivado de estos programas hasta ahora, ya sea por parte de sus docentes como de sus estudiantes y egresados. No parece ser este el caso de Ecuador, donde la Universidad Andina Simón Bolívar ha consolidado un programa de doctorado de estudios culturales con un componente crítico asociado al proyecto decolonial, siendo gran parte de sus estudiantes becados y provenientes de sectores mucho más populares.

Para otros autores, sin embargo, la institucionalización de los estudios culturales no implica necesariamente su despolitización ni su acomodamiento en el establecimiento académico convencional. Al contrario, la presencia de los estudios culturales debe leerse como la expresión de luchas que se libran en el interior de la universidad y del aparato disciplinario por las prácticas de producción y control del significado: "la institucionalización de los estudios culturales no conlleva necesariamente a su despolitización. Siendo la universidad un importante 'aparato' de producción de conocimientos, su función al interior de las estructuras académicas es muy importante" (Castro-Gómez, 2003: 71).

CONCLUSIONES

Si bien se considera a los estudios culturales como un campo plural en el que aparecen como constitutivas múltiples vertientes y disputas, esto no significa que no pueda establecerse una *especificidad* del campo. Su apuesta por la pluralidad, las tensiones y los debates como criterio de vitalidad intelectual no debe llevar a la conclusión de que todo cabe dentro de los estudios culturales; pluralidad no es lo mismo que ausencia de criterio sobre su propia especificidad. Tampoco es falta de definición de un proyecto intelectual que, por amplio que sea, no puede ni pretende incluirlo todo.

De manera general, y para los propósitos de este capítulo, puede decirse que los estudios culturales refieren a ese campo transdisciplinario constituido por las prácticas intelectuales para comprender e intervenir, desde un enfoque contextual, en cierto tipo de articulaciones concretas entre lo cultural y lo político. El pluralismo metodológico y de las técnicas de investigación supone, sin embargo, un método específico: escudriñar, en la densidad de lo concreto, la red de relaciones constitutivas de una problemática determinada por la intersección de lo cultural y lo político. La comprensión así ganada no es considerada el fin último, sino la condición de posibilidad y ámbito de sus intervenciones. *Politización de lo teórico y teorización de lo político*: es uno de los enunciados que algunos practicantes de los estudios culturales suelen invocar para describir este aspecto de su labor intelectual, que otros tienden confundir como una simple sustitución de lo intelectual por lo político (o, más funesto aún, por lo políticamente correcto).

Los estudios culturales, como suele afirmar el intelectual jamaiquino Stuart Hall (uno de sus principales exponentes y fundador de una de sus vertientes más interesantes), constituyen una conceptualización *sin garantías*, es decir, sin reduccionismos de ninguna clase. Por tanto, siempre están atentos a comprender, desde lo concreto y en su singularidad, los densos vínculos y las intersecciones entre el poder y la cultura. De ahí que, sobre todo en la vertiente asociada a Hall, conceptos como “articulación” y “hegemonía” hayan sido centrales para orientar la labor.

En varios países de América Latina, la discusión más visible frente a la creciente institucionalización y posicionamiento de los estudios culturales supone dos puntos estrechamente relacionados. Uno de ellos es el debate sobre si los estudios culturales significan necesariamente una práctica de colonialismo intelectual en los países latinoamericanos. El otro punto consiste en la discusión sobre la adecuación de subsumir en la etiqueta de “estudios culturales latinoamericanos” las labores y los aportes de los más diversos autores y tradiciones intelectuales (véanse Mato, 2002; Mignolo, 2003b y 2003c; Richard, 2001).

No es gratuita la preocupación por las prácticas de colonialismo intelectual que pueden asociarse a ciertas apropiaciones de los estudios culturales. No obstante, tampoco se puede apelar a un (auto)orientalismo latinoamericanista o a un provincialismo nativista para rechazar en bloque los debates, los retos y las incomodidades que suscitan estos estudios en contextos intelectuales como los nuestros. Por supuesto que no pocos de los planteos asociados a ellos tienen una (a veces larga y profunda) historia en América Latina. También es cierto que una apropiación irreflexiva de los estudios culturales tal como son predicados en el establecimiento estadounidense supone apoyar políticas de la ignorancia y geopolíticas del conocimiento.

Pero tampoco se deben ensalzar las prácticas intelectuales en América Latina; sobre todo ahora con el avance avasallador de un establecimiento académico que responde a criterios de operación y validación centrados en indicadores definidos por una burocracia académica que ha naturalizado, bajo el eufemismo de “internacionalización”, paradigmas de calidad propios del sistema corporativo estadounidense.

Finalmente, podemos señalar el escozor que provocan los estudios culturales a ciertas figuras representativas de una especie de nobleza osificada en disciplinas como la antropología, la sociología, la historia o los estudios literarios o en ciertos paradigmas críticos como el marxismo. El mero hecho de escandalizar e incomodar a prácticas y elites sedimentadas hace de la apropiación contextualizada, crítica e irreverente de los estudios culturales una tarea a todas luces pertinente.

6. ¿De qué estudios culturales estamos hablando?

La escritura es una especie de juego de definición de los términos propios en contra de los usos no deseados.
STUART HALL (1999: 230)

En diferentes lugares de América Latina, los estudios culturales tienden a generar desconcierto. En algunos, la relación predominante con los estudios culturales es de mucho escozor y tensión porque se les asocian y atribuyen las más diversas banalidades, cuando no la simple expresión de una moda intelectual importada. En otros, se los abraza como si fuesen una panacea. Hay muchos miedos y especulaciones respecto de los estudios culturales, pero también un montón de seducciones y embrujos.

Los estudios culturales no son nombrados ni se los lleva a cabo con las mismas implicaciones en los diferentes países. En Argentina, por ejemplo, es una etiqueta que no está institucionalizada y con la cual parece que prácticamente nadie se siente cómodo. En Colombia, el asunto es distinto; sólo en Bogotá, en los últimos años se han creado maestrías de estudios culturales en tres de las más visibles universidades del país: la Nacional, la Javeriana y la de Los Andes. Otros programas de maestría o doctorado, en estas u otras universidades, apelan a la etiqueta de estudios culturales para nominar cursos, líneas de investigación o posibles temáticas de trabajo. En congresos, publicaciones y presentaciones de las distintas ciencias sociales y humanidades aparece, cada vez con mayor frecuencia, el amenazante o seductor espectro de los estudios culturales.

Así, en Colombia la institucionalización de los estudios culturales no es una posibilidad a discutir, sino un hecho establecido

cuya tendencia parece contraria a sus pretensiones democratizantes y críticas: "Si observamos el proceso de institucionalización de los estudios culturales en Colombia, veremos que este se ha concentrado en el ámbito académico capitalino y en programas de posgrado, lo que podría estar llevando a una elitización y centralización de los estudios culturales que, curiosamente, parece contradecir sus propios discursos" (Rojas, 2011: 84).⁶⁶ Nos guste o no, los programas de maestría ya están funcionando, y la etiqueta interpela las subjetividades y los discursos que circulan en el establecimiento académico. Dada la institucionalización mencionada y las subjetividades en juego, no estaríamos tanto en el momento de definir si la etiqueta sería relevante o no, como en el de disputar de qué estudios culturales estaríamos hablando. En el actual proceso de insitucionalización, los estudios culturales devienen terreno de disputa en el cual se torna pertinente interrumpir la comodidad con la cual se articulan y florecen sus versiones banales a fin de posicionar sus concepciones más relevantes frente a los retos que se presentan en el problemático establecimiento académico y político del país. Por tanto, actualmente está en disputa una articulación de lo que estos pueden llegar a significar en Colombia. Como veremos, esto supone una intervención política en el terreno mismo de lo que constituye los estudios culturales.

66 Este auge en la institucionalización en torno al nombre de "estudios culturales" responde a diferentes factores. Uno de los más decisivos ha sido la transformación de un sistema universitario compuesto predominantemente por programas de pregrado, hacia uno donde empiezan a tener cada vez más peso los posgrados (maestrías y doctorados) y donde las propuestas interdisciplinarias adquieren relevancia. Esta transformación ha sido catalizada por las políticas en ciencia y tecnología llevadas a cabo por la entidad gubernamental encargada, Colciencias. Otro factor de peso ha sido el regreso al país de una generación de académicos con formación doctoral impactados por la expansión de los estudios culturales y otras vertientes de la teoría social contemporánea en el contexto anglosajón (principalmente los Estados Unidos) durante los años noventa. Finalmente, se pueden identificar líneas de trabajo elaboradas desde los años setenta y ochenta en torno a comunicación y cultura, como las de Jesús Martín-Barbero, que se han identificado como estudios culturales.

ESPECIFICIDAD

Desde una perspectiva antropológica, se podrían zanjar las interminables disputas por la especificidad de los estudios culturales con un argumento de corte etnográfico. Esto es: los estudios culturales serían lo que hacen en su nombre quienes se reconocen como sus practicantes, así como lo que les atribuyen los académicos que no consideran como estudios culturales lo que ellos mismos hacen. Bajo tal punto de vista, los estudios culturales serían función de juegos de discursos y prácticas situados, que definen institucional y socialmente los contornos de un campo que puede ser objeto de etnografías e historizaciones específicas. Esta manera de abordar la especificidad de los estudios culturales tiene grandes ventajas, pero también desventajas.

Uno de los beneficios es escapar a lo que podríamos denominar el *chantaje fundacionalista* basado en que hay una especie de identidad compartida que definiría casi transhistóricamente y más allá de los contextos concretos, de una vez y para siempre, lo que los estudios culturales serían y lo que definitivamente no serían. Se evitaría así el trazado de muros insalvables y de aduanas de autenticidad, donde las posturas policíacas y autoritarias florecen fácilmente. Ninguna entidad metafísica, cuasi esencial, se constituiría en garante último de lo que son o no los estudios culturales. Otra ventaja de esta perspectiva es tomar seriamente en consideración las representaciones y las prácticas institucionalmente articuladas de los actores mismos, lo que permitiría un abordaje contextualmente específico y en toda su densidad de lo que en un lugar y momento dados puede constituirse como estudios culturales.

Sin embargo, hay dos desventajas principales en este abordaje. Primero, el nominalismo que implica; es decir, se considera que la etiqueta de estudios culturales, la palabra, es criterio necesario y suficiente para que estos existan. Por tanto, no sólo abarca cualquier análisis con tal de que quien lo haga —u otro— considere que se trata de estudios culturales, sino que trabajos que nadie reivindica como tales no lo serían por esta sola razón. La segunda es que una posición semejante abandona los estudios culturales (o cualquier otro campo intelectual) al relativismo epistémico y a

su apropiación por parte de agendas grises, de personas interpe-ladas por sus carreras académicas y microprestigios. Finalmente, está el hecho de que algunos personajes (que se conciben dentro o fuera del campo) definan el trabajo de otros como estudios cul-turales, como ha sucedido con aquellos que desde sus posiciones docentes en los Estados Unidos embuten en la categoría de *Latin American Cultural Studies* cualquier trabajo o autor latinoamerica-no de su parecer desde el siglo XIX hasta la fecha. Jesús Mar-tín-Barbero (1996), Daniel Mato (2002) y Nelly Richard (2001), entre otros, han señalado diferentes implicaciones de esta violen-cia epistémica apuntalada en una geopolítica del conocimiento que atraviesa las relaciones entre el establecimiento académico estadounidense y las prácticas intelectuales en los distintos países latinoamericanos.⁶⁷

Ahora bien, si se consideran las prácticas de quienes oblicua o directamente consideran que su trabajo se encuentra enmarcado dentro de los estudios culturales en América Latina, es posible distinguir al menos cuatro posiciones diferentes. La primera es la que considera que los estudios culturales son equiparables con estudios *sobre* la cultura. Desde esta perspectiva, cualquier trabajo sobre un aspecto o fenómeno que se supone cultural es suficiente para sostener que se encuentra en el campo de los estudios cul-turales. Dentro de este terreno, hay quienes argumentan que la interdisciplinariedad (o transdisciplinariedad) forma parte de lo que definiría a estos estudios, al igual que el cuestionamiento de la dicotomía alta/baja cultura. Desde esta posición, suelen reali-zarse estudios visuales, de la cibercultura, de la cultura popular y de la comunicación, así como la hermenéutica de textos más o menos convencionales.

67 Esta pertinente preocupación por las prácticas de colonialismo intelectual no significa que se considere relevante apelar a un (auto) orientalismo latinoamericanista o a un provincialismo nativista para rechazar en bloque los debates, los retos e incomodidades que suscitan los estudios culturales en contextos intelectuales como los nuestros.

La segunda posición concibe a los estudios culturales como un campo particular interdisciplinario (transdisciplinario o, incluso, no disciplinario) y ampliamente flexible de estudios críticos sobre la relación entre lo cultural y lo político. De esta manera, no cualquier estudio sobre la cultura entra automáti-camente al campo de los estudios culturales. Esta postura tam-bién tiende a enfatizar su carácter político, aunque lo circuns-cribe al tipo de temáticas seleccionadas (donde las relaciones de poder son centrales) y a la perspectiva crítica con la que se realizan los trabajos. Los practicantes de este tipo de estu-dios culturales suelen trabajar en altos niveles de abstracción teórica y de problemáticas, que mantienen una semejanza con estilos de aproximación filosófica; de ahí que equiparen los estudios culturales con alta teoría. Las situaciones empíricas son referidas como ilustraciones de sus ejercicios conceptua-les, consistentes en juegos de intertextualidad entre autores y teorías contemporáneas, que derivan generalmente en la acu-ñación de un nuevo concepto o en mostrar las insuficiencias de ciertos planteamientos teóricos.

La tercera posición se caracteriza por considerar que los estu-dios culturales suponen una crítica del establecimiento académi-co y de la teoría eurocéntrica, así como una indisciplinariedad y una intervención desde sectores subalternizados, como los movi-mientos indígenas y afrodescendientes. En este sentido, los estu-dios culturales son considerados un proyecto intelectual y político que no se circunscribe a insulsos ejercicios académicos. Algunos de los practicantes de los estudios culturales que siguen este li-neamiento han sido influidos por los escritos de autores cercanos a lo que se conoce como proyecto decolonial. Las preguntas e intervenciones giran en torno a los procesos y efectos de la sub-alternización de ciertos grupos racializados, no como un asunto de pasado, sino como una dimensión estructurante de nuestro presente. Algunos de estos autores se refieren a su trabajo con la denominación de estudios (inter)culturales.

Finalmente, se encuentra la postura que establece una triple distinción: con respecto a los estudios sobre la cultura, con res-pecto a la alta teoría y con respecto al interculturalismo. Es en

esta posición donde adquieren sentido los debates sobre la especificidad que expondré a continuación. Antes de empezar a acercarnos a dicha especificidad, no está de más indicar que esta posición no quiere desconocer tajantemente la relevancia de los estudios sobre la cultura, de la alta teoría o de los llamados al descentramiento en nombre de las otredades de occidente; simplemente considera que son proyectos intelectuales y políticos diferenciables que merecen comprenderse en sus propios alcances y límites.

Esta cuarta posición empieza por argumentar que, aunque los estudios culturales deben considerarse como un campo plural en el que son constitutivas diversas vertientes y disputas, esto no significa que no pueda establecerse su *especificidad*. Y la definición de esta especificidad es un asunto de discusión política en el terreno mismo de los estudios culturales. Implica un cerramiento arbitrario, aunque provisional, de lo que pueden significar en un momento y lugar determinado. A diferencia de las disciplinas académicas, la especificidad de los estudios culturales no se plantearía en términos epistemológicos, teóricos o metodológicos; es una preocupación política, pero una preocupación que no significa la cancelación de la labor teórica en nombre de un sujeto político o moral determinado de antemano.

Recogiendo una expresión de Lawrence Grossberg (1997), los estudios culturales serían una permanente politización de la teoría y una teorización de lo político. La politización de la teoría no consiste en reemplazar el ejercicio teórico (el forcejeo con las categorías, los autores y las investigaciones de lo concreto), por la reproducción de una serie de enunciados osificados y moralizantes derivados de la "posición política correcta"; supone, al contrario, que el conocimiento tiene sentido en tanto es impulsado por una voluntad de intervención y transformación sobre el mundo. La teorización de lo político se refiere, a su vez, a que el trabajo intelectual serio examine permanentemente los bemoles de la actividad política en aras de entender mejor sus articulaciones y limitaciones. En esta manera de entender el trabajo intelectual se puede inscribir el aforismo gramsciano: "pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad".

Su apuesta por la pluralidad, las tensiones y las disputas como criterio de vitalidad intelectual no significa que *todo cabe* dentro de los estudios culturales. Si estos pueden caracterizarse como antirreduccionistas, como un *pensamiento sin garantías*, para retomar la sugerente y acertada formulación de Hall, es porque no caben posiciones reduccionistas independientemente de la autoridad que las predique. Unos estudios que no se preguntan por su relevancia e implicaciones políticas a la vieja usanza del positivismo o a la más reciente del nihilismo posmodernista no sólo están lejanos, sino que son antagónicos con la idea de la necesaria voluntad política en el proyecto de los estudios culturales. Flexibilidad y pluralidad no es lo mismo que celebrar una ausencia de criterio sobre su propia especificidad. Tampoco es falta de definición de un proyecto intelectual que, por amplio que sea, no puede ni pretende incluirlo todo.

De manera general, la propuesta que orienta mi discusión sobre la especificidad de los estudios culturales se podría formular de la siguiente manera: los estudios culturales remiten a ese campo transdisciplinario que busca *comprender e intervenir*, desde un enfoque contextual, sobre cierto tipo de articulaciones concretas entre lo cultural y lo político. "Campo transdisciplinario" en el sentido de que los estudios culturales son necesariamente antirreduccionistas, es decir, sus explicaciones no se reducen a una dimensión o variable definida de antemano, sea esta el discurso, el sujeto, la cultura, la sociedad o la economía. Sus abordajes suponen poner en juego no sólo un pluralismo metodológico, sino enfoques conceptuales anclados en diversas tradiciones disciplinarias. "Comprender e intervenir" porque los estudios culturales no operan como conocimiento ostentoso (una especie de "conocimiento-florero"), cuyo único fin sería su atesoramiento sin mayor razón que la satisfacción de la curiosidad intelectual o el engrosamiento de las carreras académicas de sus practicantes. "Comprender e intervenir" significa que los estudios culturales se conciben como un conocimiento-herramienta, situado y preciso en el forcejeo teórico y empírico por evidenciar y transformar condiciones concretas de explotación, dominación y sujeción.

Los estudios culturales no son una disquisición eminente o predominantemente teórica sobre el mundo desde genialidades que tratan de explicarlo en su coherencia de sistema, sino estudios de lo concreto, de elementos, de relaciones concretas entre cultura y poder. De ahí que sean situados, es decir, que adquieran determinadas características e inflexiones dependiendo de los contextos intelectuales y políticos en los que se articulen. Entonces, digo "enfoque contextual", porque los estudios culturales no son solipsismo ni especulación de carácter metafísico, sino estudios empíricamente orientados sobre vínculos concretos de cultura-como-poder, y también de poder-como-cultura, en el mundo históricamente existente; son contextuales teóricamente porque no están garantizados por la cita de ciertos autores, ni se derivan mecánicamente de la utilización de unas teorías sobre la cultura y el poder. Son políticamente contextuales, ya que lo que en un contexto determinado puede ser políticamente progresista en otro puede ser abiertamente reaccionario (o, tal vez, mezcla de ambos al mismo tiempo), por lo que hay que investigar los ensamblajes de fuerzas concretas con el objetivo de orientar las intervenciones políticas relevantes. Esto no significa que los estudios culturales sean la única forma de articular voluntad política en la academia, como tampoco que sea necesariamente la mejor.

Me refiero a *cierto tipo de articulaciones concretas entre lo cultural y lo político*, en tanto la problemática de los estudios culturales se constituye en las intersecciones entre la significación y las relaciones de poder expresadas en socialidades, corporalidades, subjetividades, espacialidades y tecnicidades concretas. De esta manera, el cruce, la sutura entre cultura y poder, es el lugar específico donde los estudios culturales encuentran los conceptos de cultura y de poder que definen su problemática. En ellos, la cultura es pensada como un terreno de luchas por significados, y esos significados constituyen el mundo; no son significados que están en el nivel de la superestructura o de la ideología, sino que producen materialidades.

LEGADOS

Según mi concepción y práctica de los estudios culturales, lo más inspirador de Birmingham se encuentra en el trabajo de Stuart Hall. Concretamente, me identifiqué con sus elaboraciones sobre el proyecto de los estudios culturales como una práctica intelectual con una irrenunciable vocación política anclada en la comprensión de lo concreto. Sus planteamientos sobre la teoría como un "forcejeo con los ángeles", sin ningún tipo de garantías ni atajos, son oxigenantes en un momento en que impera cierta banalización de lo teórico en ejercicios de citas de autores, fórmulas estereotipadas y títulos de libros con los que se establece una relación superficial y fetichista.

Me identifiqué también con la insistencia de Hall en que el trabajo intelectual serio importa, sin caer en la reificación de la teoría ni en el antiteoricismo o antiacademicismo de cierto tipo de activismos facilistas que tienden a la cancelación de la labor intelectual. De ahí, la relevancia de su convicción gramsciana de que el pesimismo del intelecto desestabiliza las certezas autocomplacientes y las inercias de la imaginación política en las que tendemos a reposar (sobre todo cuando nos sentimos del lado de los justos), pesimismo que debe complementarse con el optimismo de la voluntad, para que no se convierta en arrogancia ilustrada o autoritarismo de los expertos. Finalmente, pero no por ser menos relevante, debo indicar que los aportes de Hall sobre representación, hegemonía, etnicidad-raza y diáspora son los que más he utilizado en mis propios trabajos.

También me identifiqué en la actualidad con las contribuciones de Lawrence Grossberg en los Estados Unidos. Por sus planteos sobre el proyecto de los estudios culturales y sus disputas con las vertientes textualistas y trivializantes, por sus esfuerzos para generar condiciones de conversabilidad entre estudios culturales desde diferentes lugares del mundo y por sus estudios concretos sobre modernidad y hegemonía en los Estados Unidos, Grossberg constituye un claro referente de lo destacado de los estudios culturales. En América Latina, el trabajo de Claudia Briones en Argentina es inspirador, aunque con más dificultades para iden-

tificarlo con los estudios culturales, ya que es una etiqueta con la que su autora se siente incómoda. Sus planteos sobre la aboriginalidad, la identidad, la etnicidad y las formaciones nacionales de alteridad, así como su tarea larga y sostenida con los mapuches hacen del trabajo de Briones un aporte significativo y estimulante.

En suma, entre los actuales planteos de los estudios culturales, considero más interesantes y que merecen tomarse en consideración aquellos que mantienen su vocación política, distanciándose de un sinnúmero de personajes que los confunden con estudios sobre la cultura y cuya política se reduce a la banalización textualista de considerar que es suficiente hablar sobre el poder o hacer análisis cultural.

TRANSDISCIPLINARIEDAD

La transdisciplinariedad (la interdisciplinariedad o la no disciplinariedad, dependiendo de las inflexiones teóricas de quien argumente) es cada vez más un lugar común en las retóricas de los practicantes de los estudios culturales, pero sobre lo que no se tiene mayor claridad. No pocos de los que se dicen sus seguidores se limitan a imaginar los estudios culturales como un más allá, una superación de las disciplinas, muchas veces con el argumento realista de que, ante un mundo tan complejo y globalizado, los objetos de las disciplinas son parciales. Se confunde a los objetos disciplinarios con una parcela de la realidad; se imagina, entonces, la transdisciplinariedad como una perspectiva más abarcadora porque incluye o articula diferentes objetos. A menudo, esta candidez epistémica va de la mano de una arrogancia y un desconocimiento de las disciplinas que dicen superar (y que mandan a recoger de un plumazo), así como de un encierro en los estudios culturales centrado en autores, temáticas y retóricas que devienen en cánones. Sin embargo, la transdisciplinariedad en los estudios culturales no se entiende como una mera yuxtaposición mecánica de dos o más disciplinas, en una simple sumatoria que en última instancia mantendría incólume la identidad de cada una de ellas.

Por otra parte, uno de los elementos retóricos que se encuentra con frecuencia en sus distintos practicantes en Colombia es un marcado discurso antidisciplinario, sobre todo en algunos estudiantes y profesores. El reto de la transdisciplinariedad no es negar las disciplinas, sino problematizar los reduccionismos disciplinarios o no disciplinarios en los abordajes de las problemáticas que interesan a los estudios culturales. El cuestionamiento radical al reduccionismo no apunta a que todo lo relacionado con las disciplinas sea considerado obsoleto e irrelevante, algo que pertenecería al museo de antigüedades y curiosidades intelectuales, como lo es el telégrafo en la sección de las tecnologías de la comunicación. La formación disciplinaria es un momento y un lugar muy importante para hacer estudios culturales, aunque, por supuesto, no se los puede hacer manteniendo incólume ese adiestramiento.

Más allá de los gustos o deseos personales, en el contexto de institucionalización de los estudios culturales en países como Colombia se corre el riesgo de que sean cada vez más disciplinarios. Este fenómeno se daría, paradójicamente, al mismo tiempo que sus practicantes predicaban enfáticamente la transdisciplinariedad, y no pocos de ellos asumen posiciones antidisciplinarias con respecto a la antropología, la filosofía, etc. Cabe aclarar que entiendo "disciplinamiento" en un sentido más antropológico y sociológico (siguiendo en esto algunos de los aportes de Bourdieu, Foucault y Wallerstein) que estrechamente epistemológico. Las disciplinas no son sólo un campo constituido de objetos, métodos y problemas epistémicos que permiten cierto tipo de comprensión-producción del mundo. Las disciplinas también están definidas por una serie de prácticas institucionalizadas y de procesos de subjetivación que normalizan las condiciones de lo que es posible pensar y realizar desde una disciplina, a veces en franca contraposición con las representaciones que sus practicantes tienen y enuncian sobre ella. Estoy pensando en la disciplina como disciplinamiento, como fijación de cánones, como establecimiento de jergas compartidas, como interpelaciones individuales y colectivas. En este sentido, se puede apreciar que lo que se hace en nombre de los estudios culturales en países como Colombia se ha ido disciplinando progresivamente, aunque uno de los rasgos de

este proceso suponga compartir de forma generalmente acrítica una narrativa de autocelebración, donde la transdisciplinariedad ocupa un lugar central.

En la Universidad Javeriana en Bogotá, la reacción inicial del grueso de los practicantes de las disciplinas (pero sobre todo de los antropólogos y los sociólogos) que pertenecen a la Facultad de Ciencias Sociales fue la de una marcada angustia defensiva y un rechazo frontal o indirecto a los estudios culturales. Abiertamente conservadores no sólo sobre la pureza disciplinaria sino también en términos políticos, varios antropólogos, sociólogos, historiadores y literatos de la facultad en la cual se creó el programa trataron de suprimir primero y de reducir ahora al máximo la presencia de los incómodos estudios culturales. En general, armados de la única lectura que conocen sobre el tema (véase Reynoso, 2000), reproduciendo los estereotipos y lugares comunes, y siendo muchos de ellos practicantes menores que no tienen mayor producción ni visibilidad en sus propias disciplinas, percibieron con pánico el posicionamiento de los estudios culturales en la facultad.

La relación con los estudios culturales también tiene otra historia en la Javeriana: la de una institución de investigación anómala, el Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, que no pertenece a ninguna facultad y ha sido el nicho del posicionamiento de los estudios culturales con el abierto aval del grueso del equipo y de sus directivos. Es en este lugar que nació el programa de estudios culturales que se lleva adelante, junto con la Facultad de Ciencias Sociales. Un par de seminarios internacionales, un diplomado y dos libros son expresiones de lo que para finales de los años noventa estaba gestándose en el contexto del Instituto Pensar y que de alguna manera se sigue realizando hasta hoy.

Por su parte, para las autoridades administrativas de la universidad, incluyendo los dos decanos que han estado a cargo de la facultad, los estudios culturales se piensan como un programa rentable en términos de visibilidad institucional y de ingresos por matrículas. No obstante, en general no tienen mayor idea de lo que significan los estudios culturales, más allá de nociones generales como que conllevan una posición crítica e interdisciplinaria.

INTERVENCIÓN

La intervención es el rasgo distintivo más importante de los estudios culturales. No pueden existir estudios culturales sin intervención, ya que es en ella donde se materializa su voluntad política. Ahora bien, intervenir no es reemplazar el ejercicio intelectual consistente por un activismo celebratorio de los márgenes y subalternizaciones. No es populismo académico, ni dilución de la especificidad y la importancia de la teoría en un relativismo epistémico del "todo vale". Entiendo "intervención" como praxis, esto es, una práctica orientada teóricamente hacia la transformación, que, no es la de la Revolución (con mayúscula) ni la de una teorización totalitaria sobre el lugar de la vanguardia o del profeta.

La intervención puede operar en tres planos y, a veces, en varios al mismo tiempo. Uno de ellos es la interrupción de ciertos vínculos concretos del sentido común y de los imaginarios colectivos referidos a la intersección entre las prácticas significativas y las relaciones de poder. Interrumpir, entonces, las articulaciones de la explotación, dominación y sujeción, que se naturalizan y que operan como no pensables pero que son los lugares desde donde se piensa. Un segundo plano está constituido por las intervenciones como acciones derivadas de investigaciones concretas sobre las relaciones de poder localizadas, que lo involucran a uno mismo como sujeto, pero que no se limitan a la subjetividad individual ni se quedan necesariamente en lo local. En este plano, no es una intervención en nombre de *otros* irreductibles y distantes (marginalizados, subalternizados), sino desde las molestias existenciales del sí mismo en relación con *otros* significativos, esto es, con quienes uno se identifica por sus proyectos políticos en tanto confluyen con los propios. Finalmente, intervención en el sentido de propiciar los insumos teóricos contextualmente basados para las transformaciones estructurales y las luchas anticapitalistas. Entendida así, la intervención se refiere a las acciones que se llevan a cabo explícita y reflexivamente para mantener o transformar las condiciones de existencia de determinadas colectividades.

Esta concepción se distancia de las diferentes modalidades del asistencialismo social. El rasgo fundamental del asistencialismo

consiste en despolitizar y descontextualizar los problemas sociales, a los que trata desde modelos teóricos que presentan esos problemas como anomalías o disfunciones que pueden ser solucionadas apelando a la tecnología o la planeación. En la práctica, este asistencialismo propicia las relaciones de poder que garantizan la subalternización y marginalización de amplios sectores de la población.

GESTIÓN CULTURAL

Entiendo que, para la mayoría de las personas involucradas con los estudios culturales en América Latina, la noción de "gestión cultural" suele ser equivalente a la de "intervención", sobre todo cuando es llevada a cabo por (o en nombre de) la "gente". Una de las discusiones más acaloradas que hemos sostenido en la Red de Estudios y Políticas Culturales es precisamente en torno al lugar de la gestión cultural en los estudios culturales. Pero esta no es una posición que se encuentre sólo en el interior de la Red, lo que podría atribuirse a las diferentes articulaciones de los estudios culturales en los establecimientos académicos y las prácticas intelectuales en los distintos países.

En Colombia, también se encuentran quienes consideran que los estudios culturales y la gestión cultural son equiparables; se argumenta que esta última sería ese aspecto de los estudios culturales que implicaría una intervención más allá de la academia, con las comunidades, en los procesos de posicionamiento a través de sus expresiones culturales o desde el diseño y la instrumentalización de políticas estatales sobre la cultura.

Independientemente de la genealogía que amerita la categoría de "gestión cultural", asociada al posicionamiento de agendas y conceptualizaciones neoliberales en la región, mi posición es que nada hay más opuesto a los estudios culturales que la gestión cultural. Desde mi perspectiva, los estudios culturales no se pueden confundir con gestión cultural y, mucho menos, cuando esta última se superpone con políticas culturales que operan como

medidas de gobierno sobre la cultura. No es que desconozca la potencialidad de subversión y los procesos de agencia de las comunidades en torno a eso que se llama la "cultura" o "lo cultural". Tampoco se puede negar que desde el Estado (o, más concretamente, desde políticas de gobierno específicas) se puedan realizar procesos interesantes que cuestionen en ciertos puntos las relaciones de poder y permitan el posicionamiento de sectores subalternizados.

No obstante, el punto es que la gestión cultural supone una gubernamentalización (en el sentido de Foucault) del mundo y de la vida, una modalidad de gobierno de los otros y de sí mismos en nombre de la cultura o de lo cultural. Esta gubernamentalización en torno a la cultura produce subjetividades, constituye agenciamientos, define nuestra historicidad. No son tecnologías de dominación (entendida como "imposición"), sino tecnologías de gobierno que operan desde la constitución de ciertos tipos de imaginarios políticos y teóricos, de producción de términos y principios de inteligibilidad y modalidades de subjetividad, que establecen condiciones de confrontación, organización, resistencia.

Estamos asistiendo a una época en que la cultura en general y la diferencia cultural en particular constituyen los términos de inteligibilidad e interpelación de un número creciente de personas (no sólo de expertos, funcionarios, políticos y activistas), así como el campo de una serie de tecnologías de gubernamentalización y mercantilización de la existencia. La cultura y la diferencia cultural han devenido el terreno desde donde se articulan normalizaciones y se producen poblaciones, pero también han constituido el diagrama de poder desde donde ciertas subalternidades (a veces configuradas como tales por la visibilidad misma del dispositivo culturalista) establecen sus resistencias. Igualmente, la cultura y la diferencia cultural son el anclaje y la fuente de operación del capital no sólo con la producción de mercancías e imaginarios, sino también con la apropiación del análisis cultural por parte de la racionalidad empresarial y de mercados.

Mi punto es que los estudios culturales no pueden entenderse como gestión cultural. Por el contrario, suponen una problematización de la gestión cultural, empezando por los discursos que la

celebran (independientemente de que sean enunciados en nombre de las comunidades, la gente, los excluidos o los marginados) y que la consideran como un escenario ideal de la (anti)política contemporánea. Por tanto, la función relevante para los estudios culturales es evidenciar desde estudios e intervenciones concretas que los discursos expertos sobre la cultura, las tecnologías de normalización y las subjetividades asociadas suponen modalidades de sujeción y de disputa. Uno de los riesgos más preocupantes que se enfrenta en los estudios culturales en Colombia –aunque parece que no sólo en este país– es su burocratización en las agencias estatales o en los sectores “oenegizados” (de las ONG) en nombre del impulso, la promoción, la mejora, la conservación o la diversificación de la cultura o de lo cultural, sobre todo cuando se hace en nombre de las comunidades o a favor de la inclusión.

CONCLUSIONES

A lo largo del capítulo he argumentado que el proyecto de los estudios culturales constituye una práctica intelectual con inspiración y finalidad políticas. Mi propósito no ha sido fijar una definición última acerca de lo que este proyecto intelectual significa en abstracto y descontextualizadamente, sino poner en evidencia la pertinencia de establecer criterios sobre su especificidad, dadas las condiciones concretas en las que se despliega. Su apuesta es por una modalidad de pensamiento crítico, con una clara fundamentación empírica y contextual que opera en el plano de lo concreto. Por tanto, la voluntad política de los estudios culturales se materializa en que (parafraseando a Marx) no sólo buscan interpretar el mundo, sino también intervenir en él.

Ante el creciente posicionamiento de las tendencias “elitizantes” y positivistas en las ciencias sociales y humanidades en Colombia, la particular concepción de los estudios culturales que he descrito y defiende puede constituir una presencia desestabilizadora e irreverente que insista en la pertinencia política del trabajo intelectual y en su dimensión ética. Esta pertinencia tiene una do-

ble faz: de un lado, frente a los que se encierran en sus torres de marfil de un establecimiento académico cada vez más irrelevante, pero cada vez más productivista en términos de indicadores de ciencia y tecnología definidos por la burocracia académica de las universidades y de la entidad gubernamental encargada. Del otro lado, frente al activismo antiteoricista y antiacadémico que celebra, junto a los posmodernos y neoconservadores, el relativismo epistémico populista de que todo conocimiento es igualmente válido en términos de la intervención en los diagramas de poder que constituyen nuestro presente.